

vuelo

A Julieta Marchant

Vuelo
Rodrigo Arroyo Castro
derechos Reservados

hemos
peinado la cabellera de los cometas
Primo Levi

Todo se camufla
entre espinos meciéndose a modo de metáfora,
sí, es turbio el aire en la ciudad; añoramos estallidos, pero las palabras carecen
de pólvora, de gas.
Arrojamos prótesis para olvidar la mano perdida,
los árboles caen;
una palabra resiste en su propio nombre,
el viento dibuja charcos de agua en el suelo.

(¿Cómo se sostiene la imagen de un cuchillo en el costado marginal del pecho?)

Un ciprés a punto de caer hasta su sombra.
Música,
chispas para iluminar una vieja fotografía,
vidrios rotos
el mar simulando olas, nosotros simulamos estar meciéndonos,
destierros, música.
Los árboles caen; la lluvia no puede explicarse con un puñado de gotas.

Un invierno sin dialogo es memoria, ¿Sabías?
Música –otra vez- cierta falta de atracción por la muerte,
o la secreta presencia de una fosa, ¿Por qué no una poética encerrada?
¿Por qué no el heroico intento por salvar el brillo de los viejos metales?

Los objetos deben ser mostrados, pero no dichos,
los objetos constituyen un modelo parecido al de un río
entrando al mar por la noche.
Es en la entrada que todo ocurre: las violaciones, las marcas, los ruidos
el paso del río al mar es un deseo de luz,
oculto en la sombra del objeto.

La pared está manchada con un trozo de cielo, es desde la pared
que se desprende una cuerda delgada que une tu voz a mi ojo
¿Sabes? te dibujo con tiza en las sombras de cada palabra

Calas cubriendo un roble incinerado
huesos buscando el vértigo del aire.
Hay que decirlo, no ha sido una canción revolucionaria nuestra lengua,
las piedras aún siguen manchadas de sangre, de santo domingo.
(¿Qué es un desgarró?)

Hemos fracturado las viejas ideas de cómo dibujar el cielo
para movemos temblorosos en el aire
mientras las historias de los afiches calan hondo en el decir de la ciudad.
Nos movemos pensando:

¿Qué archivo guarda las mordazas?
¿Bajo qué silencio nos comunicamos?

Decimos aire a cada rato; pues el pavor es siempre el mismo, día tras día,
nace en la periferia
para llegar a su ocaso en la claridad de la tráquea iluminada.
Es cierto, a veces nos elevamos sólo para invertir la caída
o soltarnos las mordazas
como burla a una tradición que usa la trayectoria de la muerte como señuelo.
Algo así como puzzles, o materiales dispersos sobre la línea de horizonte.

Es seguro, no volveremos a volar, hemos de regresar a la academia,
que ha huido de sí misma, de la representación, del espacio
de un espino dibujado sobre la cubierta fría de los muertos.

Hay que decirlo, es por caer es que las cosas dejan de estar tan arriba,
escapadas de su sentido, o lejos del abajo nada más.

El abismo entre el lente de la cámara y las hojas de un viejo boldo nos enseñó
que las palabras y el lenguaje se pierden
dentro de las ramas de un mismo árbol,
que el extravío de metáforas es quizá la muerte resonando con las olas.

Un agujero parece un conjunto de heridas en el cielo. Repito,
un agujero en la pared no tiene fin no tiene propósito,
da escape a la mirada, nada más.
De arriba no es posible distinguirlo; de arriba los muertos parecen estar vivos.
Parecen sombras y siluetas inconclusas.
¿Será el tránsito todo lo que ocurre en la hoja?

Caer del abismo es llegar desde la llama que describen los árboles en su copa
hasta los rayos de agua que el viento dibuja en el suelo.

El humo ha de contagiarnos, el borde de los dedos es una mancha de sombra,
dicen.
Caemos a través de una escritura que parece ser dictada,
los gestos parecen propios del ahogo,
del cuerpo. Tal vez la muerte nos ha olvidado.
¿Qué hacer con la voz cuando ella se silencia?

He socavado el cielo a la velocidad de la noche
y no veo sino un viejo boldo atravesado, dividido,
anclado a una presencia que va y viene con la bruma.

Surge un camino geométrico luego de la barbarie:
casas desplazadas de sus cimientos, despojadas del deterioro que vendrá.

¿Qué rayo dio en la sombra de tu mirada?

Vuela cierta ceniza, hasta adherirse lentamente en tus manos, así,
te recordaré junto a las ruinas
sobre el piso de madera
que cubre el cielo de la patria. Te recordaré aunque la mano ya no quiera
dibujarnos en ninguna viñeta, y seamos puntos perdidos de una pluma que
teme gastarse en los muros de la gran ciudad;
fuiste un río que seguí con la corriente, desde fuera, afuera.

Cierta música te ronda entre los ojos, dejando rastros a la distancia.

No es necesario que seas una mujer
desaparecida, dibujada por el viento.
Sombras traídas desde el sótano anuncian el dobléz de tu silueta,
eres persistencia de una identidad casi extinta, basta con eso.
De arriba pareces desprovista de reflejos, desarraigada, llena de ficciones,
fragmentada. Eres canto de mar
eres,
has entrado en mí como saliendo del caballo,
rápido, entera.

Te esperaré, mirando tu voz
o el silencio bajo el cual nos comunicamos.

El regreso de los límites es un viento suave acá arriba,
convertirse en uno de ellos es condenarse. Una red de cielos nos espera
hábito, memoria, actuación.
La repetición nos recuerda el descampado, lugares, *melancolía*.
Una noche a medio oscurecer.

Va quedando un témpano, la sombra de un árbol. Niebla más allá de los ríos,
aves que herí en vuelo.
El desplazamiento que hago es tratar de dibujar una línea en el cielo,
o crear un límite
-Vuelo dando vueltas a través de una línea que atraviesa la escarcha-

Lisiados ante un vino tan amargo no nos queda sino la idea de carne
quemada, un paisaje,
visto desde tan arriba que desaparezca al abrir los ojos,
no nos queda sino un cuchillo con la ciudad dibujada
en su hoja de acero inoxidable.
Comenzamos a morir cuando el cielo del cuchillo nos atraviesa los pulgares;
el filo del cuchillo es la casa asomándose al precipicio.

¿Dónde ha ido el aire que surcamos?

En la memoria queda registro de nuestro vuelo,
en la parte externa de la ciudad se ve un relámpago
que ilumina el trayecto de las aves,
En el cielo los recorridos dejan una huella invisible que busca revelarse
como el de los signos escritos sobre el aliento fresco, en las ventanas.

¿Qué melancolía es libre del cuerpo que la gesta?

El exilio es un duelo para beber en copas sin fondo, la herida se extiende.
El desamparo del tórax es el precio de andar solo
mientras mayor sea el tamaño de la sombra en el muro, mayor la soledad.

Nos consolamos con municiones, máquinas de guerra,
y sistemas narrativos;
es así, en la parte externa de la vida encontramos la belleza de las armas,
como sonido tibio del tórax cayendo dentro de la muerte,

Tiempos cruzándose al levantar la mirada, algo así como un mundo de ideas,
un territorio. Movimientos al respirar, peligro.

Escribir para leer, disparar para morir, imaginar una metáfora para volver.
-horizontes de lo muerto-
Impregnas los objetos así como un ojo resiste el miedo de su origen.

Cielo sobre cielo se acumula un pasado de víctimas

Cierta incertidumbre: esa puerta que aparece en el viento,
la revolución en el horizonte.
En las marinas, las olas esconden cierta incertidumbre en la desaparición de
ondulaciones,
en simular profundidades.

Es ahora que contemplamos el borde, retrocediendo y avanzando
cuando recogemos el polvo dejado por pliegues extendidos.

Radicalizaste el principio que podría haber sido nuestro.
Nunca hubo parpadeo más largo que esta caminata
recordando las fotografías que tenían fotografías dentro de sí, más adentro.

Nunca hubo forma en la cuál nos desvaneciésemos, algún polígono, no sé,
recovecos
que denuncien nuestra distancia,
tendrías que asumir la caída de nuestra historia,

todo lo que cae tiene un pequeño vuelo
en el caer;
en la pérdida de un pasado detenido en tus ojos.

Quizá desde que los abres te defines: eres tu cuerpo y no lo eres,
al mirarme destejes el velo que cubre la ficción de todas las cosas: la ciudad
los rayados, la opacidad de un viento solitario.
Iluminas los sonidos que acompañan a las sombras,
o las paredes de una habitación.

Ante tu ausencia no soy sino parte de un lenguaje craquelado
que imagina ceniza volando serena en la ciudad.
(un lenguaje craquelado es mecarme y caminar entre los estérciles de los muros)
Un silencio lleno de rayas y carteles pegados es el muro de nuestra distancia
el abismo que nos une radica en inciertas comunicaciones.

¿Qué hacer ante el dibujo de tus ojos que ya hago de memoria?

Detuvimos el amanecer dibujando nubes en la ventana
sin víctimas

¿Será todo irreversible?

Los instantes, el simulacro de una voz riendo por ahí
las negaciones,
música detenida en el aire.

Tu ojo no es ojo en el mirar;
es ojo cuando se cierra vulnerable en el cruce de nuestras voces.

*Quizá deba recordar que no somos sino un paisaje magullado;
estás dentro y fuera de las palabras que nos unen.
Al terminar el sonido de tu nombre el aire se detiene
y me invade la nostalgia por esto de respirar solo,
se arquea el cielo en tu ausencia, como si supiera de cierto susurro,*

de un cardo gastándose lentamente en el suelo.

Quizá no haya instante que no tenga piedra o algo de luz.

Si todo se resumiese en líneas divisorias el horizonte no guardaría nada tras de sí
y sería paria de su propio tiempo, más que de su propio lugar;
hay encierro en ello, en el breve temor de un hijo
que no llegó a caer al musgo.

El viento ilusiona a las hojas con salir de su rama

¿Qué es lo que tu sombra autoriza?

El río constituye una trama ininteligible,
una humedad narrada para extrañarte;
cuando te pregunte entonces por el merodeo,
agitarás las piedras del fondo del río,
sin saber lo que es extenderse, y quedar sin escape;
no sabrás cómo transportar la extrañeza de una escena fuera de lugar
hacia tu mano.

Cuando definas la altura de tu recorrido será posible
el intento de eliminar las orillas.

Los últimos años de un boxeador transitan entre el dolor de los golpes recibidos y los golpes que, arrojados, imitaban a los aviones que arrojaban cuerpos al mar.

En sus últimos años él sabe que debe incomunicarse, sabe que aquello es un lenguaje muy distinto a todo lo que conoció en el cuadrilátero.

Debe olvidar así, que las cuerdas que cierran el cuadrilátero se tornan irregulares al recibir los cuerpos, pero guardan en su anomalía el dolor del cuerpo derribado, guardan también un golpe ausente y presente dibujado en el aire, una caída por venir.

Nos sentamos en la orilla de un viejo boxeador recordando el extravío, o aquellos vaivenes que entran y salen de nosotros, como cuerpos en el mar; Un barco con cuerpos entrando en altamar es la violación de una metáfora, algo así como rocas encallando en un barco o la ficción de un golpe en una noche que no acaba.

Pájaros movidos por el viento aparecen como tatuajes del cielo al momento de colgar los guantes. Así, no es necesario hablar, así, el silencio se guarda a sí mismo como gesto de ausencia.

-El humo es una reescritura del silencio-

Nos sentamos en la orilla de un viejo boxeador recordando el extravío, o aquellos vaivenes que entran y salen de nosotros, como cuerpos en el mar; Un barco con cuerpos entrando en altamar es la violación de una metáfora, algo así como rocas encallando en un barco o la ficción de un golpe en una noche que no acaba.

Pájaros movidos por el viento aparecen como tatuajes del cielo al momento de colgar los guantes. Así, no es necesario hablar, así, el silencio se guarda a sí mismo como gesto de ausencia.

-El humo es una reescritura del silencio-

En los últimos años de un boxeador las caídas son una alegoría de la derrota que lleva a cuestras, persiste, más que nada por abandono y ficción.

Un día, tras salir del marco de su casa, un viejo boxeador olvida avisarnos de su muerte, se pierde con el hambre de los golpes y el recuerdo de sus amigos muertos, mirando la frontera.

Te miró y lo único que hiciste fue dejarlo seguir en la pelea, callabas, y él imaginaba que el silencio le decía aquello que deseaba escuchar; el tiempo que pasó recibiendo golpes lo alejaba más de su cuerpo, hasta que el río un día tuvo otro significado dentro de sus aguas.

Su vida fuera del cuadrilátero era un camino cercado de pasajes que remitían a un centro lleno de grafitis. Recordaba a Mordo Nahum diciendo: Siempre estamos en guerra, y seguía perdido mirando las cuerdas del cuadrilátero, ondeándose como olas de un mar que chocan con el puerto que le contiene. Ensuciaba las ventanas para no caer en la red secreta de una transparencia vulnerada.

Este boxeador exiliado recibe los golpes escondido de las olas porque entre la pose que debe mantener y la pose que debe derribar se ha interpuesto lo desconocido,

¿Sabes cuál es la posición de tu voz ahora que no llueve?

Vamos, oxidémonos juntos, caigamos en línea recta hacia la lona como si fuésemos sólo un viejo boxeador habitado por incógnitas un peleador que se excede al eludir, al mover los pies.

¿Entiendes ahora que no se trata sólo de golpes en la cara?

Una pelea es algo solitario, es pura ausencia; un vuelo en cambio no es sino una suma de transparencias saliendo de tus ojos, tachaduras a una voz que se calla a sí misma por no saber cuál es su lugar en la memoria.

Vamos, guárdame en el aire,

sabemos que hay espacio ahí.

Sabemos que sólo un viejo boxeador tiene derecho a la violencia,

a decirte adiós sin palabras,
moviendo su guante como testimonio,
como línea invisible guardada en el viento;
el sacrificio estrecha su horizonte, estira la entrega de su muerte.

No llegó a la revolución ni a sus recuerdos, no tomó jamás un libro
y las heridas que veíamos a través de la televisión eran en blanco y negro
igual a los árboles que interrumpían el trayecto de las bombas
que iluminaban esas noches.

Odiabas a quién decidía callar por no tener qué decir
¿Y si te mirase nada más, desde el color sucio del silencio?

Se pierde un árbol cuando las preguntas le hacen sentir miedo
no es el frío del metal, la duda es su hacha
¿Me has mirado a través de savia seca?

En la memoria que no tengo te has perdido,
caes de la espina que guarda la salinidad de un mar retirado.
Caes como relámpago iluminando un vacío,
un sonido fracturado saliendo de tus dedos,
tu mano en cambio parece salir del agujero cavado
en la sombra de mi espalda.

Nosotros no arderemos
somos una historia hecha de golpes arrojados al aire nada más,
nos dividimos en trozos de sombra.
*¿Cómo podemos seguir escabullendo líneas?
¿Qué recuerdo no contiene un exceso de proximidad?*

Somos un cuento inconcluso despertando entre el descampado y un cuadro
de tiza, una ficción flotando en un río negro cercado
por el estremecimiento de los árboles.
Aún así, oxidado, te recordaré cuando la escritura que no se escribe
nos haga recuperar nuestra pluralidad;
cuando habitemos el yo que sólo sabe de sí,
que se domestica al exhibir los golpes recibidos.

Lo sabes; toda mirada es en parte tu mirada
todo ojo es también parte de un posible simulacro.
Así es, simulamos golpes por no saber estar solos,
quizá debamos alejarnos de una metáfora que nos divida,

nosotros no arderemos, viviremos quizá, en el miedo de los árboles.

Y así, de cuando en cuando vemos dibujos de los muertos
guardando el aire de la última palabra que no sabremos pronunciar.
Quizá no sepa decirte adiós sin perder el vuelo,
quizá seas un golpe que da en el centro de una brisa en retirada
o quizá yazgo sobre el cuadrilátero
y soy un texto sobre la lona
un hipertexto sobre una lona invadida por curiosos.

El aire atraviesa la sangre que chorrea el cuadro blanco,
¿Cómo elevarme si no soy más que un puñado de letras rojas esparciéndose?
¿Qué aprendí al no mirar las vitrinas?

De cuando en cuando recuerdo los paseos circulares
que dábamos en la ciudad,
perdidos, como escabullendo el golpe que venía directo hacia nosotros.
A tientas buscamos el residuo de tantas lágrimas que arrojamos por ahí
creyendo que todo era un pozo, una noche
sin estrellas al fondo de un agujero.
A ojos cerrados buscábamos el jardín que escondía la ciudad
los dos envueltos en una guerra silenciosa
de la cual no lográbamos escabullirnos
a pesar de nuestra altura
de seguir huyendo sin saber qué hacer.

Quizá el vuelo no te enseña a despegar del piso,
sino a ser parte del viento nada más,
será que la soledad me obliga a mirar cómo doblan, por ti, los espinos.
Eres parte de mi archipiélago y lo sabes, te refugias
en la sombra de los arbustos.

Tu despedida escurre como vino amargo
mi garganta helada insiste a pesar de las espinas
que el mar arroja por las noches.
Tu cabello lleva ceniza como seña para no salir del margen,
para no abrazar las cuerdas,
no caer en el zanjón.

Quizá el vuelo no te enseña sino a caer más despacio hacia la lona
luego de los golpes.

Estás conmigo, vamos de umbral en umbral,
desfigurados de tantos golpes que han dejado huella en nuestro cuerpo
somos una suma de ausencias, en un cielo cualquiera.

Somos mi recuerdo.

Recuerdo el día cuando me dijiste que de algún modo
todos somos Primo Levi,
voces gastadas que tenemos pero no son nuestras
como todos los lugares de los cuales no podemos salir sin dejar algo en ellos.

Nos ilusiona caer una vez más,
porque de este modo no seremos cómplices
de acontecimientos que palidecen ante aquellas alambradas.

¿Cómo es posible volar sin cielo; sin horizonte, sin la duda de tu voz?

Un lugar carente de características, colores, corteza y cal, era mi refugio
no era así porque lo dijera,
sino porque no entraba allí el sonido de tu cuerpo; no había voz.
Allí extrañaba el hilo invisible
que sostenía una red de voces en la ribera opuesta de este pedazo de río
de este pedazo de lugar.

Un marco de madera encierra piedras representándose a sí mismas
un falso abismo cercado por la ausencia de barnices,
silencios que no podemos comprender a tiempo, hilos perdidos por ahí.
¿Podrás ser el único horizonte ajeno a la violencia?
¿Qué es la política del vuelo?
¿Será el aire, el cielo, aquella zona incierta reflejada por tus ojos?

El espacio es la caída violenta de las ramas, de los golpes;
de ahora en adelante nos diluiremos, olvidaremos la clausura
o todo aquello que nos recuerde el cuadrilátero.

¿Cómo es la distancia, el camino, que dibuja el viento en tu ausencia?

Una mano sostiene un muro que cae al río,
allí en el fondo, los ladrillos se mecerán con pequeñas olas negras, de tinta,
tal vez la misma que guardan las palabras.

Una mano es un chorreo de tinta sobre una hoja troquelada,
no importan los márgenes, los bordes, el musgo de las piedras de la orilla, no;
una mano cederá su propio cuerpo y no será cobijo.
La distancia de una casa derruida es la errancia de una voz cualquiera,
todo acaece allí, en no renunciar, en perder un recorrido inexistente.

Míralos compadeciéndose ante las imágenes, ante el brillo de las trizaduras;
las caminatas por el centro no han servido, somos el principio de una mano
en busca de cierta hechura,

de cierto corte
de cierto dominio de las cosas.

Las imágenes dan cuenta de las vueltas en círculo.
No quise cerrar la mano y retener el dibujo de la tuya;

perdóname,

no guardé las sombras que recordaban el número de cada piedra,
es la perversa ironía de un dolor que llevamos de amuleto,
siempre fue así, *todo lo que cae tiene un pequeño vuelo*, invisible
una escritura que se cree desaparecida,
vislumbrada apenas por las sombras que sus bordes dejan en el suelo.

Es en las pequeñas piedras que las grandes suelen ocultarse,
hay un mundo que puede guardar otro sin saberlo,
como el espacio entre la corteza y el tronco de los árboles quemados:
es la ceniza, el tibio recuerdo común de un fuego desaparecido,
perdido en el descampado que todo cuadrilátero tiene dentro de sí,
algo así como jardines extraídos de viejas pinturas craqueladas.

Quise romper los colores que guarda el fondo del río para recordarte,
¿Quedará palabra entre tus dedos?

Tendremos una historia quizá, y desde ella te recordaré:

no hay rivera tan oscura como esta,

no hay poema que no guarde palabra para sí,

no hay orilla de río que no guarde algo de humedad.

No pude dar el golpe que tejiera un nido en tu tráquea enrojecida,
habremos tatuado nuestros nombres tantas veces en el aire,
que nadie se acercará a preguntarnos por las viejas historias
nadie se compadecerá de nuestra imagen desaparecida,

¿Llorarás cuando la ceniza deje las líneas de tus manos?

Repito tu nombre en las noches que los cuerpos salen de los muros
y caminan siguiendo una música que trae la llovizna.
Sería todo tan distinto si supiera cómo las rayas de la mesa
llegaron a ser tan profundas,
cómo dejaste que mi voz se perdiera en la velocidad del río
en una lágrima que nunca quiso salir del borde de tus ojos.

No hay figura en ningún muro que me diga del vuelo que tuvimos;
me lleno la cara con golpes de tinta y barro,
la boca se hace cobijo de piezas rotas que no pueden exhibirse.
Nos habitamos en colores que no aparecen en el bosque,
lloramos la distancia que se hace cauce.
En fin, me preguntas por los signos que veo como rayas en el cielo
por los nombres que los libros perdieron en el número de las páginas.

No sabrás cuánto te quise si no sigues la ola que mis ojos dibujan
en un río imaginario
dirás, me gustaría haber conocido nuestro lugar en el aire de la página
o las hojas que hacíamos crujir al disolvernarnos en una red oculta
en la punta de tus dedos.

Repito tu nombre cuando miro la tristeza del musgo
que no sigue la corriente.

Si los golpes que viajan hacia el cuerpo desviarán el camino,
la pelea no terminaría
viajaríamos de página en página buscando un corte que nos diera sombra
o un suspiro de tu silencio.

Créeme, revisaría el espesor del aire para no perder el jardín que me ofreciste
y cruzaría el río, yéndome con la corriente. Con el aleteo de páas oxidándose.

Llorarás,
romperás la esquina de mis ojos
cuando descubras el dibujo oculto tras la puerta.
Llorarás cuando la casa que habitamos deje caer sus cimientos,
las nubes entren por debajo de la puerta y la llovizna cubra las habitaciones;
te veré venir desde la cocina trayendo en tus ojos el olvido incierto del adiós,
el paladar húmedo será un pozo de palabras cubriéndose de cierto negro,
de cierto olvido;

tu boca será un archivo cercado por la tristeza,
palabras amordazadas que perderán de a poco sus recuerdos
y serán luego pura imagen
un tiempo al menos, para caer luego fuera de los dominios de tu voz.
Llorarás y no podré esquivar los golpes al oír el recorrido de tus lágrimas
caeré al espejo que toda lona,
todo cuadrilátero mantiene oculto en su interior.
Al otro lado de la lona no hay viento ni llovizna,
una brisa de tierra suelta nada más
un jardín lleno de hojas secas, de los libros que leímos tantas veces,
de los muros que tantas veces cayeron encima de nosotros
tardíamente; como las frutas maduras que nos pasábamos de voz en voz
para ver si en ellas guardábamos algo de la humedad que originó este vuelo
para ver si en las semillas que arrojábamos al plato quedaba algo por recordar.

Dime una vez que llores si recordarás la mano que guardaba tu olor,
tu sonido; o las palabras que encerrabas para entregármelas
en un temblor interminable;
llorarás, y no habrá literatura para ello;
esperarás que la voz sea eso que no puede ser,

y con lágrimas verás que no habrá mano para recoger tu voz
al momento del caer.

El espacio entre las rejas como paseo por una ciudad sin nombre
hojas que no podríamos recordar sin la ayuda de los árboles
que las han perdido,
líquenes adheridos a piedras que han perdido su color
con el paso de las horas.

Hojas calcinadas son una memoria que cruje cuando la pisamos, decías;
vivimos el ocaso de una noche que no se irá.

Supongo que las palabras retendrán su significado una vez que no haya vuelo
seguiremos el movimiento del pasto
cuidaremos con la vista perdida cuerpos fríos, no hablaremos
del otoño que no tuvimos. Nunca es suficiente,
no hay libro que diga sobre lo perdido,
sin querer las páginas son sólo impresiones alejadas
de las líneas que se dibujan en el mar.

Una nube en la parte posterior del paisaje es el único margen que tenemos.
Recuerda lo que dije tiempo atrás, *la pelea es algo solitario*.
Como nube pintada en un bastidor o pedazo de madera, nada más.
Cobijémonos en la sospecha, tendremos cielo de sobra sólo para las palabras
que no nos entregamos, para las estrellas que no podremos ver
ni siquiera en su propio vacío.
Tendremos todos los secretos que las voces que se esparcen van perdiendo en
su música,
nadie sabrá el color del hilo que teje nuestra voz.

Uno de estos días seremos parte de esa modernidad latinoamericana *decías*, preguntabas:

¿Cómo defino aquella lágrima por venir?,

¿Vivimos en ella aún, en la raíz del aire?, ¿Te define o condiciona el viento?

Ya con las respuestas puedes ser ausencia, y exhibirte como desaparición, como llovizna perdiéndose en el río. Tal vez sea eso, tal vez la muerte es el ritmo vertiginoso que nos desvela, o no saber qué hacer, qué decir. Hubiera querido ser Giovanni Vattimo para responderte: *no vamos a ninguna parte*, pero no puedo salir de esta calle que tiene su revés en la mirada que ya no me ofreces.

Soy una fuga de voz que busca una guarida fuera de un cuadro de tiza.

Los espacios comunes han perdido sus líneas narrativas, borrándose y desapareciendo entre una vaga idea de ciudad y campo. Los signos no cuentan con la fuerza del significado para que podamos verlo,

¿Qué imágenes podríamos utilizar?

Ayer pasamos una tarde viendo como la ceniza desaparecía saliendo de una brasa, elevándose en un vuelo que anticipa las huellas que ya no podremos leer sino mirando la línea de horizonte. Un cadáver es un puñado de ceniza. Es un cielo en movimiento sobre un cielo detenido.

Pasamos una tarde buscando la política del aire, de las nubes.

En la luz callada del horizonte vemos una lágrima, signo que nos cobija en su caer del ojo; signo que dice a contrapelo que el texto propio es un cruce de paralelas dentro de otro texto, *con tristeza*. Una lágrima es un signo que habitamos en espera de que algo nos conmueva y nos diga adiós sin despedirse.

Dime si ves la trayectoria de un golpe antes que el brazo se desplace y pienses en caer; dímelo y puedes irte. Pero no olvides que tuvimos vuelo, y que fuimos una excepción, un dibujo en el cielo.

¿Será que decir tu nombre haga desaparecer la tibieza oscura de un camino solitario?

Aprendimos que decir edificio incendiado era decir la condición del edificio; decir detenido desaparecido era pura condición, algo así como esquivarlas hundiéndose, lentamente, en el agua. Es así a veces; la historia habita entre rejas, con un dibujo surrealista del otro lado. Aprendimos entre desencanto y desastre. Ocultamos un carbón atravesado en la tráquea, expeliendo un polvo negro que inevitablemente nos recuerda brasas encendidas.

¿Será esto una pelea que engaña a una memoria agujereada?
No hay color del aire que borre las espinas, y la sangre que tuvieron sobre sí.
¿Habrá razón en no volver, en huir del aire?
Perderse es un invento que puedes guardar cuando no recuerdes que fuimos
un secreto tan grande
en un lugar tan pequeño; quizá pensamos en que no saldríamos de ahí;
quizá pensábamos que un secreto era como decirle
a los otros de un vuelo que no tendrían.

No lo sé, sigo acá como si la corriente del río no pudiese llevarme nunca,
como si cuerdas invisibles me atasen al tronco de tu voz. Floto como reflejo
de un cuerpo en el borde del río, viajo sobre una ola que roe tu orilla por las
noches. A veces te imagino conteniéndome, a veces yéndote conmigo, como
esa tierra del borde que a veces se desprende y viaja en la ola; a veces te
imagino sólo con el cielo por delante,
pero no olvido las púas de una alambrada, que bordeaba las palabras que no
me decías;

una despedida impronunciable.

No puedes decirme qué se siente respirar de los textos muertos del otro lado
del campo, porque no tienes el temblor de la voz entre los dedos. *¿Escribe la
mano que nos lee?*

Recordar a los muertos es callar
mirando los pliegues que se forman en el cielo

¿Cuántos otoños tendremos que olvidar para conseguir algo de consuelo?

Deseamos aquella pólvora quemada que tiñó la voz de los alambres al crujir.
Al crear un adentro y un afuera olvidé cómo sacar las púas que dejaste en mí
al pensar en otra historia;
¿Qué ocurre con el óxido perdido?

¿Basta acaso atravesar el río para hallar un desierto
lleno de huellas, de signos ocultos en la voz?
Al final una vitrina no resiste el vuelo de una piedra,
¿Qué paseo podremos dar entonces en una ciudad
donde el viento las arrastra,
un país donde las piedras son el brillo de la modernidad?
La derrota es una herencia que guarda sus secretos en el meado de los muros;

es ahí, en los muros, en el chorreado de un grafiti que vi el dibujo de tus ojos.

¿Cómo huyes de un cuerpo que te evade?
¿Cómo dar pie atrás a los golpes enviados y recibidos
si el cuerpo los recuerda a través de signos,
de púas en la mano?

¿Qué tan lejos llega el olvido?

Suenan las piedras del paisaje en una pintura, así, desde tu orilla, pareciera
que sólo quieres ver arder algo; ramas secas, neumáticos, no lo sé. Encerrada,
te consuelas del cielo arrojando sal en una cartulina oscura
y pasas la tarde inventando estrellas.
No puedes borrar las huellas que has trazado en ti misma,
mírame bien y recuerda los signos que nos unen, escribir es desaparecer,
pasar por una puerta tantas veces que no haya adentro ni afuera sino umbral.

Sobre los archivos crecen hongos, variaciones del amarillo, del gris
imágenes desconocidas que cubren imágenes que no conocimos
curvaturas de rocas que jamás imaginamos,
adobes cayendo tan rápido que parece mentira su caer.

¿Basta acaso el sonido de una palabra para imaginar un trozo de madera
vigilado por tus ojos?
¿Quién podrá decir que la posesión que termina desposeída
es también un corto vuelo?

El deseo de escape evidencia la distancia que la voz escribe en las viñetas,
fragmentos perdidos en un viaje hacia la muerte de un sujeto, o un sujeto
muerto, no lo sé; tú entretanto estás tan lejos de tu nombre que el cuerpo se
pierde y su figura aparece como fantasma invocado desde la misma
desaparición. Te busco entonces desde los guillotinos que ya no pueden
tener sed hasta los sedientos que yacen en el mar.
No dejo de buscarte, pues como no hay derrumbe que esconda las astillas de
un árbol a punto de caer, no habrá lugar que oculte lo invisible.
Estás tan lejos como un recuerdo que va y viene en un gesto repetido, ves,
tengo que traducir tu imagen para completar la historia y no dejar páginas en
blanco. Estás en otro lado,
¿Es tan simple pensar en tus ojos tras un muro?

Nos perturba la imposibilidad de alguna fuga, de no hallar desvíos, de ver la voz asediada por negaciones que la tientan con la muerte; *ya sabes*, ruidos que distraen el ahogo de adobes cayendo sobre vidrios falsos, como las historias que encontramos en las calles.

¿Qué dolor guarda el cartón que cubrió los cuerpos?

Imágenes desnudas cubren cuerpos que carecen de color,
que se hunden en el agujero que toda sombra cava en la pared de la página
en la pared de una figura que huye del decir. Metáforas yéndose a otro lugar
¿En verdad temes a la sequía?

Cuando careces de color los bordes de los dedos se mimetizan con la ciudad
con los dibujos. *Verás*, una línea contiene puntos
que se ven cubiertos por un galope,
el cierre de una voz es otra cáscara que no ha de tener valor en el silencio
como moneda perdida en el suelo de otro país, nadie la recoge.

Nadie sabe por qué ha de clausurarse una poética
pocos saben qué es una poética si ella misma se cubre de imágenes, dibujos,
helicópteros;

y cielos retirándose al borrar la voz.

De la luz que rodea la lluvia nace otra luz que rodea nuestro naufragio
e ilumina lo poco que tenemos: un patio de tierra sin lugar para tarros viejos,
una baranda
y la división del mar que nos hacía vulnerables
al momento de adivinar las manos que el fondo oculta.
Una palabra es dispersa, nadie puede adivinarla, nadie puede decirme
que eres una viñeta más;
nadie puede adivinar que tienes miedo de salirte del relato, pero yo lo sé,
tienes miedo y por eso escribes,
por eso lees.

Si el frío atraviesa la transparencia no habrá realidad posible para los vidrios
quedando atrapados en un marco, como retrato sin pintar.

¿Qué podemos esperar nosotros que perdimos la pluralidad?
¿Qué vidrio resistirá la voz que nuestras bocas insinúan en la página?

Si una montaña es la inversión de un agujero, tu distancia será un
acercamiento a oscuras
cubierto de distintas noches cosidas con alambre, con cuerdas del
cuadrilátero
y pedazos de espinas.
Un pozo es la inversión de un poste a punto de caer,
el fuego es la inversión de un vidrio atravesado y sin realidad,
podríamos seguir página tras página como imitando un cerro de escombros
que ignorábamos al oír los ruidos de los cuerpos.

Anuncian una lluvia oculta en los ruidos del viento
creo que eso es signo de cierta melancolía impregnada de horizontes;
el agrupamiento de los árboles oculta nuestro pudor por el lenguaje
junto a nubes negras.

No hay parpadeo que me impida ver la noche,
entretanto, el cielo intenta cubrirte de silencios,
ocultando también el estallido de luz que escapa de la bruma.

Si tan solo pudiese palpar el merodeo, si tan solo palpar
las ruinas me acercase a tu página
al borde externo que tus dedos guardan tras los árboles.

Decir tronadura es pensar en grietas que ignoran el pasar del agua,
verla correr es una oportunidad para que cada fisura sepa de su condición
o aquella lucha entre el nombre y su cuerpo;
el castigo de una grieta es permitirle al río que su cuerpo
sea cauce y desembocadura
de todas las palabras que no quisiste decirme al momento del adiós.

Decir boxeador cayendo es cobijarnos en cierta anomalía que el paisaje
oculta,
en la luz que reside en los materiales propios de su estética:
fresnos, cactus, ramas torcidas
que un queltehue ignora
páginas guardadas para un reencuentro imaginado.

¿Prefieres grieta o craquelado?
¿O te vas creyendo que la diferencia la hacen las palabras nada más?
¿Crees en la ausencia de agujeros?

Te meces en una realidad que toda noche guarda en grietas invisibles
lo haces sólo porque dije que seríamos puntos perdidos,
porque te recordaría junto a las ruinas.

Incluso el pájaro que cae sin volar sabe de tu brisa
del ritmo triste que fijas en la voz,
al ver la erosión de la orilla de un río en retirada;
dejaste de confiar en que alguien alimentaría el musgo
que crecía lejos de la lluvia,
sospechabas que un río sin nombre acabaría siendo
el comienzo de una gran sequía.

Quedamos a solas con estrellas rodeando el simulacro
restándole oscuridad a un mar lleno de cuerpos,
nunca dijiste que desaparecer era parte de la historia.

Fue difícil vaciar el viento de los muros que nos ocultaban.

Despójate de las líneas que los pájaros trazaron sobre tus palabras,
es breve el ahogo de no contar con metáforas para retenerte.
El oleaje se llevó el cascarón que tus ojos quebraron al salir de nuestra mirada

¿Cómo naufragar entonces?

Quizá la estrategia de los árboles era cercar el cuadrilátero,
rodeándote en un recorrido sin memoria, sin flores; sin maderos.
¿Dirás algo acaso?
El sonido de tu silencio permanece más allá de todo árbol.

Es tibio el lenguaje por la tarde.
Fuera del cerco yacen los amigos de un viejo boxeador,
que murieron como tantos otros
al recordarlos siente las palabras punzándole,
hasta que no sabe más que ir de calle en calle
mirando las líneas que tienen las veredas, como recordando al cuadrilátero.
A la distancia y en silencio tú ignoras todo lo que ocurre cuando nada suena,
no entiendes el silencio
o la angustia de un viejo boxeador que no tiene con quién pelear.

De pensar en los muros que forma el viento
pasamos a cambiar el significado de la distancia,
pensábamos entonces en los muros que van más allá de los muros
entrañablemente unidos al ladrillo.

Imagino que la pared externa de un muro debe desear salir de sí,
para ver qué es lo que su revés le oculta
para ver si sigue siendo un cuerpo al otro lado de un río que no para de caer.

COLOFÓN

E D I C I O N E S

Este libro se imprimió en Cerro Alegre
el 05 de mayo del año 2009. Fue
cosido a mano en el Taller
Inubicalista de
Valparaíso
Cerro Concepción.
Para su composición
se utilizaron las tipografías Courier
New, Garamond Pro y papel Bond Ahuesado.

I N U B I C A L I S T A S